

La comunidad percibida El campo académico de la comunicación

*Jesús Galindo Cáceres**

Hace treinta y tres años se fundó en la Universidad Iberoamericana de la ciudad de México la primera carrera de comunicación del país, su ideario marcaba como perfil de sus egresados a filósofos que sabrían qué hacer con toda la emergencia tecnológica de la difusión de información. Han pasado más de tres décadas desde entonces, aquellos primeros elementos visionarios quedaron atrás para muchos, la actualidad dista de aquella claridad inicial tanto como más de cien carreras dispersas por todo el país. Son miles los egresados, son miles los estudiantes, el campo académico escolar de comunicación ha tenido un crecimiento tal que su configuración tiene la forma de un estallido, las causas son múltiples, no hay un diagnóstico percibido en comunidad, los hechos han superado a la conciencia y a la imaginación.

De la mitad del camino hacia la actualidad, la comunicación académica estaba dominada por universidades particulares, sólo algunas universidades públicas bajo el liderazgo de extranjeros o egresados de las privadas tenían participación en la segunda etapa de la vida del campo. En la segunda parte de los setenta cuando tres acontecimientos marcan la historia: la primera maestría en comunicación en la Universidad Iberoamericana (otra vez la Ibero), la fundación del Consejo Nacional para la Enseñanza e Investigación de las Ciencias de la

* Investigador Titular en el Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Colima.

Comunicación (CONEICC), y la aparición de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC). En esos años el proceso configurador de campo llevaba un buen ritmo en su evolución, los ochenta parecían la consolidación de lo que se movía desde los sesenta. Pero no sucedió lo que los actores centrales pensaban, durante los ochenta hubo un relevo generacional que coincidió con el crecimiento cuantitativo y un fenómeno grave de distorsión cualitativa en la organización de sentido y lucha por la identidad. Dos grandes tendencias se oponen desde entonces, una hacia la dispersión y otra hacia la cohesión; con ires y venires la configuración total no ha avanzado en forma consistente y percibida, el resultado parece ser de desgaste, lo que cohesiona desaparecerá, la dispersión quizás traiga pequeños grupos de cohesión alternativa, y después el futuro.

La comunicación en la academia debe su fundación a la mentalidad y a la organización de los jesuitas de la UIA, este es un aspecto que sólo en conversaciones privadas aparece como un tema para reflexionar. Esa mentalidad práctica de inspiración ascética con vocación de poder tiene un papel importante en la creación de la carrera de comunicación. "La técnica sometida al espíritu" rezaba la guía inicial del ideario fundador, se buscaba que la filosofía y el sentido humanístico tuvieran el control de los medios de difusión masiva. Sería difícil encontrar una claridad semejante en cualquier otra fundación de la carrera, incluso aparece hoy un escenario de vuelta a los orígenes. En los sesenta sólo los jesuitas podrían emprender una empresa académica tal. Lo que pasó después es historia conocida por muchos, ampliar las escuelas de periodismo a escuelas de comunicación apareció como un gesto sencillo y actualizador, los medios de comunicación masiva eran la coartada perfecta, sobre todo la televisión. Sobre el eje de periodistas y medios de comunicación se conformó el sentido común de la comunicación en lo académico, pero no era todo. Si por una parte la referencia a los medios permitía entender de qué se estaba hablando, la profundidad de

la carta Sánchez Villaseñor de la UIA sólo fue entendida por algunos al principio y después se depositó en el olvido. La discusión se centró en las relaciones con la publicidad y la mercadotecnia, y con aspectos de las bellas artes. Aquellas primeras generaciones de gestores empobrecieron desde un principio todo el panorama, aunque hay que reconocer su ocupación en los asuntos del mercado laboral y sus implicaciones para el diseño de los currícula. Lo que pasó fue que no tuvieron visión de la totalidad, se entregaron a lo inmediato con vigor, los visionarios no fueron entendidos, ya era mucho que la gente aceptara a la comunicación como una opción profesional en algún sentido.

Si dentro del campo en gestación había miopía sobre su configuración y trayectoria, lo que sucedía fuera es muy interesante. En el curso de la academia sucedieron dos cosas: unos, los que están acostumbrados a no entender, aceptaron su presencia como un hecho y no dieron más importancia al asunto; otros, los que están acostumbrados a no aceptar que no entienden, de inmediato propusieron su desaparición bajo la idea que eso no existía o ya existía en otra parte. El programa no fue el mejor deseable. Las autoridades universitarias más que visionarias —aunque algo hay de eso— fueron prácticas, la oferta laboral existía y la demanda estudiantil era real. La comunicación en la academia aparece entonces como un lugar escolar que representa mucho más de lo que se da cuenta, que representa justo lo que es, que abre un espacio donde no pasará nada importante. Todo esto puede juzgarse así en el tiempo, entonces no había elementos para ubicar lo que sucedía más allá del mercado y el entusiasmo de lo nuevo y distinto.

Llama la atención el lugar académico donde se configura la comunicación. Se le asocia con la sociología, con las ciencias políticas, con la psicología, con la educación, con la administración, con la mercadotecnia, con la literatura, con las artes plásticas. Esta pluralidad muestra la apertura del campo en sus inicios, todo era posible, pero intolerable. En pocos años el cierre se inició en forma

desesperada y soberbia, el espectáculo fue casero, a nadie le importaba lo que con la comunicación sucedía, el resto de casi todo el campo académico estaba bastante fijo y estable y sus burocracias tenían suficiente con automantenerse. Los cierres fueron de pocos tipos. Es pertinente señalar que en ningún caso la filosofía tuvo un papel protagónico; la fundación quedó atrás y ese olvido se pagó caro. El común denominador de los cierres fue la nada, no hubo organización que tuviera la sensibilidad y la inteligencia, porque no había inteligencia y sensibilidad para organizar. La urgencia y el snobismo triunfaron y la configuración que ajustó la situación fue una coincidencia de relaciones nacionales e internacionales sobre aspectos coyunturales. Las ciencias sociales y políticas sustituyeron a la filosofía, la carrera se politizó, eran los setenta, había marcas por los acontecimientos nacionales del sesenta y ocho y la izquierdización universitaria de las ciencias sociales, había marcas internacionales en la migración del cono sur. La comunicación en la academia navegó en el mar de las contradicciones de las ciencias sociales como si fuera el suyo, y como alternativa tuvo al desierto del sinsentido curricular de la suma sin ton ni son de temas y materias que rellenan un currículo, hasta adquirir cierta presencia en las guías técnicas de operación práctica de medios de comunicación.

Durante los treinta años en que el campo académico de la comunicación se acomodaba, en el resto del país sucedieron hechos importantes. Sobre el sesenta y ocho aún no se ha dicho todo, lo que parece evidente es que su imaginario se ha configurado en un mito con cierta fuerza de cambio que aún hoy persiste, en una época donde todo señala movimiento. El país tuvo en los setenta un auge que adquirió mayor sentido con la cruda de los ochenta. El mundo se ha globalizado, la economía ha sido un impulsor energético de las relaciones de todo con todo, la tecnología de la información ha sido la catapulta de contacto total e instantáneo. El mundo de la posguerra se movió hacia el fin de la guerra fría en el

navío de la información. Nuestra sociedad contemporánea se mueve a una gran velocidad, todo se sabe o se puede saber, la noticia ya no es el centro de la información, el dato y la serie informativa conectada a una base de datos es su sucesor. Las decisiones se han envuelto en el aparato cibernético del control, conocer el presente y el futuro se asimila a los cursos del pasado. La lucha por el mercado se hace una con la política, todo depende de los escenarios representados en un simulador de computadora. La interacción con máquinas es la lógica de la eficiencia y el poder; una terminal de información en cada nicho de la vida social es la imagen del panel del presente hacia el futuro. El comportamiento de los públicos y las audiencias se funde con el de los electores y los creyentes, así como consumidores y expectadores. Todo pasa por la información, la política y la economía dependen de ella, la religión y el espectáculo también. La nueva sociedad está informatizada, y México forma parte, voluntaria e involuntariamente, de esa nueva sociedad.

Esa complejidad del mundo social no fue objeto del campo académico más que en forma selectiva, algunos de los integrantes, por su situación y relaciones, participaron de la percepción y reflexión que el gran campo académico internacional realizaba, pero no pasaron por los *curricula* ni por la discusión sistemática interior. Esta situación agudizó la desorganización de los ochenta: mientras unos cuantos se conectaban con el exterior, el interior seguía una progresión geométrica de crecimiento cuantitativo ante una misteriosa fuerza de la demanda estudiantil. Mientras algunos sobrevivían en el otro movimiento del campo nacional y local, se crearon dos grandes áreas de vida: en una se configuró una élite que participaba del exterior al tiempo que ordenaba el lugar de la dirección intelectual del campo; en la otra se configuró a un profesional emergente de la academia que hace frente a la cotidianidad elemental del campo: dar clases, sostener escuelas y carreras. Entre ambas áreas se verificó una ruptura, la primera no creció al ritmo de la segunda, la primera no pudo hacer mucho ante el

crecimiento descontrolado de la segunda, el resultado fue que una y otra terminaron por no reconocerse mutuamente. La élite no formó cuadros medios, las mismas direcciones de las escuelas coincidían en las incipientes formas de organización supraescolares, el agotamiento era el destino de muchos de estos cuadros. Por otra parte, la imagen del poder se identificó con un grupo de individuos e instituciones, lo cual resultó conveniente en un principio, pero al continuarse por un tiempo más allá de lo imprevisible desmoralizó a la organización incipiente y la tensó en luchas por el poder. La historia de la organización del campo en el seno de su única organización —CONEICC, de hecho— se fue politizando más y más sin tiempo para ordenar el sentido de todo lo demás. Uno de los elementos centrales fue la falta de renovación de cuadros, y esto se debe en gran parte a la ineficiencia de las escuelas de base en formación de inteligencia.

La gran ausencia de los ochenta es la visión con sentido de la comunicación de hecho y en teoría. Las escuelas que crecieron en número durante esos años no aportaron reflexividad ni crítica, tomaron como modelo algunos de los *curricula* existentes, algunos de ellos ya desechados por las escuelas mayores, y con una generalizada carencia de recursos humanos o de racionalidad para administrarlos, se lanzaron a responder a una demanda que no comprendían ni explicaban. El campo tuvo entonces una apariencia de mayoría de edad por la base cuantitativa del número de escuelas y de estudiantes. Los dirigentes de CONEICC intentaron hacer frente a los que los desbordaba, se dieron cuenta del hecho ante su desgaste y la explosión del sinsentido en la imagen populista y veleidosa de una asamblea plena de oportunismo y sin una cultura política en formación más allá del hueso y el consumismo. Los programas eran individuales pero no hubo el espacio para unirlos y darle a la colectividad la luz efecto de esa reunión. La otra asociación, la de los pocos, la AMIC, no tuvo el lugar que le correspondía hacia la totalidad, apareció y cumplió su función en la dirección de algunos para los fines que esos

algunos le señalaron. El campo se adelgazó en su densidad académica hasta la rutina y el día a día de la bibliografía repetida hasta el cansancio o la moda tomada con precipitación e igualmente dejada de lado.

Lo que sostuvo al campo en los último diez años fue la institucionalidad escolar y la consistencia del mercado estudiantil. Por razones que no se entendían, los jóvenes se inscribían en la carrera de comunicación en todo el país, se manifestaban con vigor en las reuniones del CONEICC, compraban una bibliografía que nunca se puso a juicio académico, egresaban sin recibirse y se perdían en el anonimato del mundo social. La escuela de comunicación es el eje de la vida institucional del campo académico de la comunicación. Con sólo aludir a las más de cien escuelas en todo el país la importancia del campo queda fuera de toda duda. Lo que sucede dentro de cada una es lo que tiene efecto hacia afuera, pero tampoco sabemos qué es lo que sucede afuera. El mundo académico de la comunicación es una caja negra a la inversa, no sabemos lo que entra, no sabemos lo que sale, no conocemos lo que sucede afuera, pero resulta que tampoco sabemos lo que sucede dentro.

Las formas y los contenidos de las escuelas de comunicación han sido el objeto de atención de los últimos años del CONEICC, esto se debe a que existe una presión latinoamericana de la dirigencia internacional de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS). Lo que no se podía resolver a nivel nacional pareció resolverse en parte con la federación internacional, los financiamientos internacionales son más fáciles de obtener mediante una macro organización regional. Lo que sucede entonces, a partir de la mitad de los ochenta, es que el dinero internacional le concede a la dirección de CONEICC un nuevo *status*, su convocatoria es mayor, pero el contenido de la convocatoria es pobre y lo poco que se hace cuesta mucho trabajo. La situación se configura en una paradoja: no hay evolución del campo porque no hay crecimiento académico de sus participantes, y no hay crecimiento porque no hay organización

suficiente del campo que lo promueva. Los ochenta sorprendieron a todos y la sorpresa los arrasó. La energía no se concentró a tiempo, se gastó mucho en nada, y lo fundamental se distorsionó, la formación escolar se deterioró tanto que de pronto nadie supo qué hacer.

Los medios de comunicación masiva han sido la constante en las formas del contenido de los *curricula*, durante todos estos años el único territorio con perfil de comunidad de sentido han sido los medios, lo demás requiere de una mirada sobre la multiplicidad. Los *curricula* se dividen en dos partes: todo lo que tiene que ver directamente con los medios y lo que no. La segunda parte es prácticamente prescindible y su configuración cada vez pertenece más a la noción de cultura general. Son los medios la motivación de los estudiantes, por ellos, por lo que representan, las escuelas crecieron y se multiplicaron. Los medios están al centro de cualquier reflexión sobre comunicación dentro del campo. Son la posibilidad, pero también la restricción más terrible. El campo no avanzó porque siempre tuvo enfrente la responsabilidad de hacerse cargo de los medios, y la solución más evidente fue la capacitación real o ficticia en los distintos oficios que las empresas de medios requieren. Este punto es toda una referencia mítica del campo, si las escuelas no cubrieron sus expectativas imaginarias del mercado laboral su labor no tuvo éxito, el fracaso es la palabra justa. Algo así como no servir ni para algo tan concreto como preparar a un joven para operar una cámara de video o escribir un guión. No, no es tan simple, siempre se pretendió más. Para muchas escuelas el resultado es peor aún, ni lograron lo básico ni fomentaron en lo pretendido más allá. Los medios persiguen a las escuelas como un fantasma aterrador, su imagen es muy similar a la de los años sesenta y aún antes. Lo que han podido hacer se agotó en pretensiones, las más eficaces fueron correctos centros de capacitación de artes y oficios.

Es el caso de los medios de comunicación el que permite hacer una lectura de la situación académica de

la comunicación en treinta años. Los medios han estado ahí desde antes de los sesenta, se han convertido en vida cotidiana para millones de personas en todo el país, son casi omnipotentes. La academia parece aún no reponerse de la sorpresa de su existencia, en eso comparten la vocación de asombro junto con todos aquellos que aún no entienden lo que nos hacen con su presencia. Las escuelas de comunicación los miran como prácticas profesionales y mercado de trabajo para sus estudiantes. La investigación sobre las prácticas en particular no ha tenido ningún avance importante, los profesores imaginan en buena parte lo que ahí sucede, o ensayan con la infraestructura a su mano, o pasan de su vida profesional a la docencia sin muchos elementos a la mano para educar. Lo que más importa a las escuelas tiene una dimensión de pobreza evidente, los medios adoptan a los egresados más por su entusiasmo y habilidad particulares que por su formación en la universidad. El panorama es académicamente desalentador. Queda la crítica y el análisis. Tampoco el progreso ha sido mucho, el avance más allá de los lugares comunes de la moral doméstica ha sido escaso, los medios son útiles, son peligrosos, son educativos, son maravillosos, son el opio del pueblo. Al no haber investigación universitaria asociada a los *curricula* las ideas y las representaciones son muy cortas, sacadas de libros extranjeros, repetidas de algún texto de un investigador nacional del que no se conoce trayectoria más allá de una mínima bibliografía, en ocasiones un solo libro o artículo. La información que se maneja en las escuelas es pobre en cantidad y en trabajo.

Y sin embargo el área de investigación privilegiada ha sido la de los medios de comunicación, en forma mayoritaria el interés por la televisión, y en esta área la búsqueda de sus efectos sobre las audiencias. El número de publicaciones es escaso, la mayoría de los textos producidos son tesis de licenciatura, las cuales casi nunca forman parte de un proyecto institucional de investigación. Pero la investigación existe. Los investigadores de la comunicación en universidades trabajan en condicio-

nes escolares, no hay centros organizados para este propósito particular, en el país existen dos, uno en la UIA de la ciudad de México, y otro en la Universidad de Guadalajara, ambos fundados en los ochenta, más hacia el final que hacia el principio de la década. Ambos publican con gran esfuerzo financiero y académico; las líneas de trabajo que presentan más consistencia en sus programas son sobre televisión. La pregunta ingrata es sobre la relación de estos textos y labores de investigación con los currícula. Una pregunta que parece importante y ante la cual la respuesta vuelve a ser desalentadora. La poca investigación del país tiene poca relación con la formación de los estudiantes en las aulas.

Al parecer la investigación no ha caído en buen territorio en las escuelas de comunicación. Cada vez más alejadas de la metodología de la investigación, sus vocaciones parecen pertenecer a otras motivaciones, por tanto la investigación en el área no progresa, y menos si se piensa en cuántos estudiantes que ingresan terminan sus estudios con perspectivas de una carrera de investigador. El número de egresados en relación con investigadores es de una proporción que asusta. La investigación tiene dificultades en otras áreas, pero cierta infraestructura; en el caso de comunicación el asunto es aún peor. Parecería que en las condiciones actuales no hay mucha perspectiva hacia adelante, con lo cual las posibilidades de consolidación de un campo organizado con inteligencia a base de información altamente procesada son escasas, para no ser pesimistas.

El lugar de los maestros es interesante en todo este contexto. Las grandes escuelas tienen algunos grandes maestros, pero las pequeñas también. Estos grandes maestros tienen una formación muy heterogénea; en el estallido cuantitativo de las escuelas, la diversidad en el perfil de los profesores ha sido la norma. Al ser las escuelas, en su mayoría, de formación reciente, y al operar una parte importante de ellas con presiones financieras fuertes, o con ambiciones especulativas de ganancias rápidas, casi ninguna cuenta con cuerpos de profesores de

tiempo completo. Es decir, no hay coordinadores de área, encargados de troncos de materias, responsables de tutorías o asesorías, directores de proyectos colectivos o individuales. Cuando mucho se cuenta con algún o algunos maestros que se encarguen de la coordinación de toda la carrera, tal vez de laboratorios, si los hay, y de cuarenta o más horas de clases. No queda mucho que permita condiciones para planear, reflexionar, criticar, investigar. Lo que sí existe es una cultura académica de la politiquería, la grilla, el cinismo, la indiferencia y el desaliento.

La formación de los docentes es en sí misma un asunto delicado. El mercado laboral de las escuelas abre posibilidades de complemento económico a ciertos profesionales, la paga es mala en la mayoría de los casos. Ante la pobreza de recursos y sobre todo de organización, la atención a los docentes es mínima, se trata de que lleguen a dar sus clases y punto, su puntualidad y regularidad ya son cualidades superiores como para exigir algo más. Esta situación se encadena a la escasez y dificultad para que los académicos consigan bibliografía a tiempo y de calidad suficiente. Las bibliotecas son pobres o inexistentes. Los maestros no estudian, no leen, no tienen contacto con una vida académica activa y estimulante. El efecto sobre el campo es demoledor. Esta situación es tan evidente que permite que cualquier emergencia de la regularidad de inmediato llame la atención, porque también existen muchos casos particulares de alto rendimiento, la mayoría de los cuales pierden vigor por la resequedad del contexto. Pero ahí están, eso es relevante y sugerente.

La noticia más importante en estas décadas para el sentido de la comunicación en la academia ha sido que no todo es los medios de comunicación. Este sesgo de la vida institucional de las escuelas estuvo presente desde el principio, pero nadie supo qué hacer con la alternativa. La educación y la administración fueron y son los campos distintos a los medios desde el inicio, pero para esto están las escuelas especializadas en esas áreas.

Algo parecido aconteció con otras opciones. Volver a los medios siempre fue el camino natural, los demás señalaban con gusto y exigencia: los medios es lo suyo, de lo demás nos encargamos nosotros. Lo que sucedió fue un doble movimiento, desde dentro y desde afuera. Desde dentro fueron apareciendo los interesados en otras áreas sin quitar el dedo de la comunicación, algunas carreras profesionales se han abierto paso con este principio, y en el camino se han separado casi por completo del campo, a veces parece que en forma definitiva: ni quién los extrañe. Desde afuera cada vez hubo más interesados en asuntos de comunicación y de medios de comunicación sin dejar sus lugares de origen, a veces se internaron tanto que regresaron antes de perder contacto con institucionalidades más legítimas y poderosas académicamente. El resultado de este ir y venir ha sido la apertura del campo, un campo que se abre sin grandes resistencias, no tiene mucho que defender, y que configura un espacio enorme de relaciones por confirmar. La comunicación se ha convertido en un territorio donde convergen muchos de los intereses e inquietudes del pensamiento contemporáneo, esto lo convierte en una forma de sentido de nuestro tiempo. El campo académico de la comunicación fue uno de los lugares donde este fenómeno se manifestó, pero no el único. Sucede que cada vez más personas se interesan en descubrir las implicaciones y consecuencias de una cultura de la comunicación; el propio campo no es ajeno a esta preocupación universal, pero parece no ser el más competente para organizar socialmente su existencia. Esto sucede en el mundo. En el caso de México el asunto es grave, somos el campo académico más expandido en los últimos años y con la menor forma de orden. Pero somos miles, mucha energía en potencia, muchísima.

La cultura de la información es un hecho de la segunda parte del siglo veinte y se proyecta como la infraestructura de la vida social para el próximo siglo. Lo que hasta hoy hemos vivido es sólo un anuncio de los tiempos por venir; los indicadores son tanto negativos como positivos

desde distintos puntos de vista, lo que es contundente es el cambio que la vida de información trae consigo al movimiento general de la sociedad contemporánea. Ha sucedido en solos y con cierto ritmo constante, la tecnología y sus saberes emergentes han acelerado los procesos. La información nos ha concedido como real la imagen de la aldea global, pero aún hay mucho por imaginar, la vida social ha ido por delante de la reflexión y la previsión crítica, los actores fundamentales de la economía y la política han tomado decisiones en la perspectiva de un poder nunca soñado, pero aún falta mucho por entender y evaluar. Las acciones se han sucedido a gran velocidad, mucho de lo que pasa es invisible para las mayorías hasta que vive sus consecuencias, en ocasiones sin conciencia de todo lo que se va transformando. Nunca ha sido el mundo más complejo, y precisamente la idea de un solo mundo es lo que trae consigo la impresión de la mayor complejidad. México es parte de ese proceso, la incorporación a la cultura de la información ha ido también en impulsos de vértigo, pero no toda la sociedad participa igual de la materialidad y el sentido de esta nueva etapa de la historia. Los académicos están perplejos y muy detrás de lo que sucede, se mueven en modelos y marcos conceptuales previos a todas las revoluciones últimas de la información. El campo académico de la comunicación sigue en los sesenta como guía de sentido, ha quedado fuera, en los hechos, de un papel protagónico en la dirección moral o intelectual de la respuesta civil a los cambios, e incluso de la hegemonía y dominación de los sectores dirigentes de los llamados sector público y privado de nuestro mundo ciudadano. Pero el potencial está ahí, miles de sujetos formados y en formación de sentido y práctica de la comunicación, un frente de organización potencial de la sociedad ante la cultura de la información y del poder. La cultura de la comunicación es la contraparte de la cultura de la información, incluye a la democracia y a la ética, al diálogo y al sentido de comunidad abierta, a la conciencia colectiva alimentada en la inte-

racción de los individuos. El mundo de la conciencia sobre la comunicación ante la información también está en emergencia, aunque no es el sector académico el que lo está promoviendo e impulsando con mayor energía. La situación podría ser muy distinta.

La configuración del campo académico de la comunicación ha dependido en buena parte de las ideas y las estructuras de organización. Esto seguirá sucediendo en el futuro y es una buena noticia. Lo es porque indica que su situación puede cambiar, que su trayectoria actual tiene horizontes alternativos hacia el futuro. Las cosas pueden seguir igual, lo cual es improbable; pueden empeorar, lo cual es probable, pero también pueden mejorar, esto también es posible. El asunto parece constituirse en una dimensión político-administrativa que depende de ciertos contextos económico-financieros, y sobre todo de cierta cultura de organización. El diagnóstico es complicado y requiere de la consideración de múltiples factores. Pero existen opciones simples. El asunto de las ideas-fuerza, aquellas que tienen un valor especial por su resonancia mítica, está en juego todo el tiempo. El campo tiene ya una historia de más de tres décadas, en ese tiempo hubo un momento de fundación que se ha olvidado y puede recuperarse reestructivamente. En ese mismo sentido también se han diluido las metas, el sentido de guía hacia el futuro a una comunidad. Ese también puede ser configurado partiendo de lo mucho que ha sido dicho en tantas reuniones por tanta gente: hace falta un impulso de energía creativa, un acto amoroso, un enamoramiento con la posibilidad de la comunicación. No suena muy académico pero lo académico sin pasión se muere antes de reconsiderar su falta de iniciativa y su deseo imaginativo de construcción. El campo ha perdido un potencial constructivo muy grande por falta de intención colectiva. Quizás sea el tiempo de unir esfuerzos en donde se pueda y dirigirlos en la dirección pertinente antes que la nada termine de hacer su labor. La organización y las ideas van de la mano. Quizás no basta con CONEICC y AMIC, quizás faltan

otras organizaciones que impulsen el acto de creación colectiva. Quizás sea suficiente con lo que se tiene, y lo que se requiere es una racionalidad distinta en la inversión y aprovechamiento de energía. Lo que sí es evidente es que las ideas no están teniendo su lugar adecuado, no hay respeto ni reconocimiento de la inteligencia, de la capacidad de percepción, representación y proyección. No es que no haya ideas del todo, no hay espacio organizado para asimilar las que hay y convertirlas en energía. Puede que todo sea cuestión de simple inmadurez e inseguridad, de falta de confianza, de deseo de ser lo que no se es.

Hay distintos niveles de orden y progresión de las ideas que pueden energetizar al campo. Estas imágenes del entorno y de sí mismo se alimentan en las fuentes de la teoría, de la filosofía, de la ciencia, de la práctica, del ensayo, de la administración, de la política, de la ética. Es decir, existe en este momento un universo de posibilidades por ordenar, por configurar, se requiere de la metodología, de la lógica, y del deseo y el espíritu para poner las manos a la obra. Este es un punto donde la organización es contenido y el pensamiento es forma organizativa. Esto requiere de poner en práctica lo que el propio sentido profundo del campo propone, el diálogo, la democracia, el enriquecimiento del sentido y la práctica por el contacto con el otro. Quizás para que suceda lo que puede suceder sea condición un impulso inicial que active los resorte de la energía contenida, pero en cierta forma, en cierto orden, con cierta guía. Una simultánea conformación de organización estructurada materialmente con entusiasmo vital e ideas-fuerza. Tal vez es demasiado pedir, tal vez de hecho se cuente con más condiciones que las percibidas. El asunto es que falta estudio, materia prima de la vida académica, y falta difusión, necesario vehículo para el fortalecimiento colectivo, y falta discusión, condición indispensable para la vitalidad democrática, y faltan leyes e instituciones, único sostén visible de la energía en configuración progresiva. El nuevo campo de la comunicación ha de emerger

del actual, será una trayectoria continuada del pasado, no hay alternativa más que empezar con los que somos, percibir lo que fuimos e imaginar lo que podemos ser.

Propuesta de trabajo

En el texto anterior se proponen veinte apartados que configuran grupos de imágenes que se van entrelazando unas con otras. Existen afirmaciones, descripciones, evaluaciones, propuestas, todo ello relacionado con la historia y la situación actual del campo académico de la comunicación en México. La invitación es a tomar como continuación de un diálogo de años los puntos de vista ahí expresados para reconfigurarlos reflexiva y reestructivamente entre todos. Los temas no son nuevos, la historia, la política, la organización, la vida escolar, la investigación, la bibliografía, la publicación, los maestros, los estudiantes, el campo profesional, los medios de comunicación, la ciencia, la teoría, las ideas, las personas, y otros muchos más. Todo ello forma nuestro universo reflexivo, nuestra historia aprendida y elaborada. El punto clave es preguntarnos si tiene importancia poner en el centro de algo a la comunicación, si el campo académico de la comunicación tiene algún papel relevante en esa situación, si el actual campo puede cambiar a mejor o es suficiente con su status actual. En fin, la invitación es a pensar juntos sobre la experiencia individual y colectiva del devenir del campo en estos más de treinta años, y apuntar algo sobre lo que ha sucedido, sucede y sucederá según algún contexto de propósitos o azar. Quizás entre todos logremos acercarnos un poco más al sentido o sinsentido de todo esto. Lo que resulte será compartido con los demás, los ausentes por este momento de este diálogo que ahora continúa con unos pocos, pero que seguro puede promover su extensión a todos los demás.